

VIII Jornadas de búsqueda histórica en la isla balear

LA MENORCA PALEOCRISTIANA



Menorca, siglo V d.C. Los judíos que residían en Mahón se convierten masivamente al cristianismo tras la llegada a la isla de unas reliquias del protomártir San Esteban. Lo sabemos porque lo dejó escrito un obispo, Severo, en una carta fechada en 418 d.C. que sigue suscitando el interés de investigadores en todo el mundo. Unas jornadas, organizadas por la Societat Històrico Arqueològica Martí i Bella, han desvelado todos los entresijos de ese texto y muchas otras cosas acerca de la Menorca paleocristiana. *Historia de Iberia Vieja* estuvo ahí para contarlo...

Texto y fotos: ALBERTO DE FRUTOS



Basilica paleocristiana de Son Bou

Quien solo conoce Menorca por sus playas se está perdiendo lo mejor de la isla: un museo cuyas primeras "piezas" se registraron hace más de tres mil años y que sigue incorporando nuevos tesoros a su patrimonio. En su defensa y difusión, se embarcó hace años un grupo de ciudadanos –término que, en la cuarta acepción del Diccionario, significa "hombres buenos"–, que anualmente organiza unas jornadas para presentar la riqueza arqueológica isleña.

La Societat Històrica Arqueològica Martí i Bella limpia, fija y da esplendor a ese caudal de memoria, y lucha por que no se pierda a través de proyectos como GIBET (Grupo de Intervención sobre Bienes Etnológicos), volcado ahora en la recuperación de las huertas y jardines de Sa Vinyeta. En realidad, hay tanto que conservar... Todos conocemos los grandes símbolos de Menorca –la naveta des Tudons es ya un icono de su paisaje–; pero, junto a monumentos como ese, junto a los sepulcros megalíticos, las taulas y los talayots, el suelo menorquín nos regala la visión de cuatro basílicas paleocristianas, que nos ayudan a penetrar mejor en el culto de esa comunidad, largo tiempo perseguida y que, a la sazón, empezaba a consolidarse frente a otras religiones y cultos paganos.

Para entender mejor la complejidad de esa época y a sus principales actores, la Societat Martí i Bella reunió entre el 26 y el 28 de noviembre a los mayores especialistas en estas materias. Como preludeo a la aventura, María Josep León, del Museo Municipal de Ciutadella, expuso

los trabajos que se están llevando a cabo para desentrañar la naturaleza de ocho fragmentos de mosaico, hallados en 2009 en una calle de la localidad. En efecto, esas piezas podrían remitirnos al pavimento de una basílica paleocristiana. ¿Alguien podría extrañarse? Así, con ese primer indicio, comenzamos la cuenta atrás para arrancar los misterios que archivan, celosos, los mapas, los textos... y las piedras de la más septentrional y oriental de las islas del archipiélago.

EL PROTOMÁRTIR ESTEBAN

San Esteban, "hombre lleno de fe y de Espíritu Santo", fue el primer mártir conocido de los cristianos. Lapidado bajo la falsa acusación de traición por los judíos, a quienes fustigaba con sus críticas –"¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres?" dijo a sus inminentes linchadores–, el cuerpo de este diácono y cristiano helenista fue sepultado por unos "hombres piadosos"; y el rastro de su martirio se perdió. De hecho, se perdió todo, hasta la memoria de los Santos Lugares; y hubo que esperar a la época de Constantino, cuyo edicto de 313 habría de cambiar la historia de la humanidad, para recuperar su tradición.

A partir del siglo IV, las reliquias se convirtieron en un negocio y, cómo no, también en un instrumento político. Tras una afanosa búsqueda, las de San Esteban aparecieron en diciembre de 415, en una fecha muy próxima al 26, durante la celebración de un concilio acerca del pelagianismo, doctrina que minimizaba la gracia divina. "Los defensores de Pelagio estaban encabezados por el obispo Juan de Jerusalén, y el hallazgo de las reliquias inclinó la balanza a favor de su corriente", explica la doctora **María del Mar Marcos**, profesora titular de Historia Antigua en la Universidad de Cantabria.

Tenemos la suerte de que este hallazgo, tan ligado a la postre a la historia menorquina, está recogido en primera persona por el presbítero que localizó las reliquias, siempre con la ayuda de Gamaliel, una aparición que le indicó el lugar exacto donde estaban. Cuando las autoridades se acercaron a la tumba del protomártir, tembló la tierra y una fragancia maravillosa y curativa –los afortunados que la olieron recuperaron súbitamente la salud– se expandió por la tierra. Cerra- >



Talayot de Torelló I, a escasos 300 metros de la basílica paleocristiana de Es Fornàs de Torelló

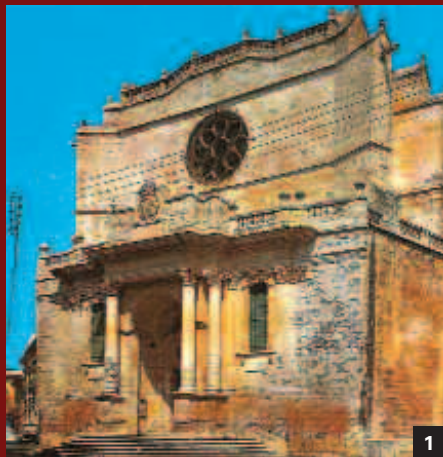
HISTORIA ANTIGUA. LA MENORCA PALEOCRISTIANA

1. Catedral de Menorca. La Catedral de Menorca, iglesia de Santa María hasta 1795, se inscribe de lleno en la corriente del gótico catalán. El arquitecto Agustín Petschen ha consagrado gran parte de su vida a su restauración, hoy en boca de todos por el hallazgo de su portada gótica, que había permanecido escondida 200 años tras los muros de la portada neo-clásica.

2. Puerto de Ciutadella. **3. Basílica paleocristiana de Son Bou.** La pila bautismal no se encontraba ahí en origen. **4. Basílica paleocristiana de Es Fornàs de Torellò.** Construida en el siglo VI, una estructura de tela metálica protege este impresionante yacimiento.



2



1



3



4

> do el sarcófago, las reliquias se trasladaron a la iglesia de Santo Sión, pero el obispo Juan no pudo evitar la tentación de quedarse con muchas de ellas.

“Dentro de Jerusalén –prosigue Marcos– se estableció una competencia por obtener esas reliquias, que fueron divididas entre distintos grupos de poder”. Existen múltiples referencias al interés que suscitaban, pero nosotros solo mencionaremos aquí que un presbítero llamado Orosio, discípulo de Agustín de Hipona y autor de *Historiae Adversus Paganos*, viajó a Jerusalén y se hizo con unas cuantas. Su intención era depositarlas en la Península, pero no pudo “pasar a las Españas” –contextualicemos el momento histórico, marcado por la salvaje disputa de los pueblos bárbaros, que habían irrumpido en la península Ibérica en 409 d.C.–, y las dejó, por tanto, en una iglesia de Mahón.

Como otros restos, a los de San Esteban se le atribuían propiedades milagrosas. Ya en los Hechos de los Apóstoles leemos que el diácono “realizaba entre el pueblo grandes prodigios y señales”; y, con el tiempo, los centros que albergaban sus reliquias se convirtieron en auténti-

cos lugares de peregrinación. Pero, ¿qué huella dejaron en Menorca?

LA CARTA DEL OBISPO SEVERO

Para saberlo, o para aproximarnos un poco mejor a la verdad, hay que acudir a la carta-encíclica de Severo, uno de los documentos más valiosos para estudiar la cristiandad en el siglo IV.

Severo era el obispo de la isla; y, en su célebre circular, dirigida al clero y a todos los fieles, reconstruyó los hechos que motivaron la conversión masiva de los judíos de Mahón en el año 418. Digamos que su relación con ellos se podría calificar de muchas maneras, excepto de cálida y amistosa. Tras describir la “ponzoña” de los hebreos, el obispo relata la llegada de un presbítero a Mahón –sin mencionar el nombre de Orosio– y los efectos que las reliquias que portaba tuvieron sobre la población: “(...) con la caridad del proto-mártir, se vino a encender aquel fuego

Severo era el obispo de la isla; y, en una célebre circular, reconstruyó los hechos que motivaron la conversión masiva de los judíos de Mahón en 418 d.C.

que el Señor ha enviado a la tierra, y quiere que arda en nosotros”.

Lo que ardió fue la sinagoga, tras un enfrentamiento entre cristianos y judíos, los primeros “armados con la virtud del Espíritu Santo” y los segundos con “piedras, dardos, lanzas y otro género de armas”: “Habiendo huido todos los judíos –explica Severo–, nosotros nos apoderamos de su sinagoga, de la cual nadie osó hurtar cosa alguna; antes bien luego al momento se abrasó toda, quemando cuanto en ella había, excepto los libros y la plata”. A pesar de esa violencia inusitada, el obispo deja claro que no hubo ningún herido.

La carta refiere numerosos sueños, visiones y prodigios, y se fija en los casos particulares de varios conversos, entre ellos Rubén, el primero que abrazó la nueva fe y abjuró de la “superstición judaica”, y Artemisia, quien se convirtió al cristianismo porque el agua que bebía se transformó en miel.

5. Pozo en el patio del Museo Diocesano de Ciutadella. Situado en el antiguo convento de San Agustín, su claustro y sus colecciones musicísticas merecen una detenida visita. **6. Biblioteca del Museo Diocesano.** Investigadores de todo el mundo se interesan por sus valiosísimos fondos. **7. Una isla para perderse.** La riqueza arqueológica de Menorca, que se remonta a más de tres mil años de antigüedad, hace que sus naturales se interesen enormemente por sus raíces. Ahora, es necesario que las instituciones potencien también el turismo cultural.



5



6



7

CUANDO LAS PIEDRAS HABLAN...

En Menorca sucede lo que en Roma: es difícil dar un paso sin tropezarse con un yacimiento arqueológico. Incluso en los lugares más insospechados puede aparecer un tesoro. Es el caso del subsuelo del hotel Tres Sants, a la derecha, en el casco antiguo de Ciutadella. Se trata de una casa señorial del siglo XVIII levantada sobre edificaciones más antiguas y bajo la cual se encontraron una serie de tumbas, quizá de una iglesia cristiana del siglo IV. Pero esa excepcionalidad arqueológica no es solo patrimonio de Menorca. También en Mallorca a los investigadores se les hace la boca agua. Uno de sus "platos fuertes" es el yacimiento de Son Peretó, un conjunto basilical con iglesia, baptisterio y necrópolis, situado en Manacor, a solo seis kilómetros del Museo de Historia. Ha sido precisamente esta institución la que ha impulsado su intervención, llevada a cabo desde el año 2005. Descubierta en 1912, Son Peretó nos permite profundizar en uno de los períodos más oscuros de la historiografía isleña gracias a un ejemplar proyecto de musealización.



Quien más ha estudiado esta carta, y mejor la ha interpretado, es **Josep Amengual i Batle**, Doctor en Teología, Historia, Filosofía y Letras, y misionero de los Sagrados Corazones. Este sabio destaca que no hay en la epístola "una sola línea de violencia física contra las personas", y disecciona las corrientes ideológicas que confluyen en ella. Por un lado, la resistencia de los siete hermanos macabeos —que podemos leer en el Segundo Libro de los Macabeos, todo un paradigma para los judíos por la fidelidad que mostraron a la Ley de Moisés, al preferir el sacrificio a manos del idólatra Antíoco antes de quebrantar los mandamientos—; por otro, el antipelagianismo; y, finalmente, la herejía del priscilianismo.

Vagamente, hemos comentado ya el segundo punto, al aludir a la búsqueda de las reliquias de San Esteban: Pelagio sostenía que Jesús no nos había redimido con su muerte, sino que nos había enseñado a vivir plenamente en libertad, doctrina que Severo conocía. Pero, ¿qué hay del priscilianismo? La reacción de Severo a esa herejía, que aspiraba a una reforma de la Iglesia a finales del siglo IV, se traducía en su intención de universalizar los

La llegada de las reliquias envenenó el buen entendimiento que hasta entonces había en Menorca y sirvió en bandeja una suerte de represión religiosa

acontecimientos de Menorca como el preanuncio de una conversión total de los judíos, tal como leemos en Romanos 11, 25-26: "(...) hasta tanto que la plenitud de los gentiles haya entrado en la Iglesia, entonces salvarse ha todo Israel, según está escrito".

La llegada de las reliquias envenenó el buen entendimiento que hasta entonces había en Menorca y sirvió en bandeja una suerte de represión religiosa. ¿Cuál era el objetivo final? "Normalizar toda la isla, asimilando a la población judía," afirma Amengual, para quien el escrito de Severo confirma al obispo como "un gran teólogo del siglo V".

A menudo, los textos no bastan para ver la verdad desde todos los ángulos. Sin duda, la carta de Severo constituye una fuente de primer orden para conocer la vida de las primeras comunidades cristianas y el poder que llegaron a ostentar en Menorca; pero dejemos hablar

ahora a las piedras. Oigamos, sí, ese lenguaje indeleble pero a veces inescrutable, que solo pueden entender los arqueólogos.

LAS CUATRO BASÍLICAS PALEOCRISTIANAS

En su indispensable *Guía arqueológica de Menorca*, Enric Taltavull y Margarita Orfila, hilan una brillante y sucinta presentación acerca de las basílicas paleocristianas: "Cuando se decretó la libre práctica del cristianismo en el mundo romano, se tuvieron que crear unos lugares para celebrar sus cultos, reuniendo las condiciones que se requerían para practicar todas las funciones de la liturgia cristiana".

Esos lugares fueron las basílicas, muy diversas según las correspondientes tradiciones locales, y que, en el caso de Baleares, se construyeron según el modelo vigente en Siria a mediados del siglo V (conviene recordar que los intercambios >

HISTORIA ANTIGUA. LA MENORCA PALEOCRISTIANA

UNA REUNIÓN DE SABIOS

Los mayores especialistas en arqueología e historia paleocristiana se dieron cita en Menorca a finales de noviembre. Decenas de asistentes disfrutaron con sus conferencias y con las actividades programadas por la Societat Històrica Arqueològica Martí i Bella.



Alberto Coll, presidente de la Societat



María del Mar Marcos



Francesc Tuset



> culturales a través del Mediterráneo eran tan frecuentes como los comerciales).

¿Qué queda en Menorca de esa arquitectura? Pues nada más y nada menos que cuatro prodigiosos ejemplos: la basílica de Fornells, la de Isla del Rey, la de Son Bou y la de Es Fornàs de Torelló. Durante el viaje organizado por la Societat Històrica Arqueològica Martí i Bella, tuvimos la oportunidad de ver las dos últimas, que ilustran en gran medida las páginas de este reportaje. Pero, gracias a las explicaciones de **Francesc Tuset**, Doctor en Historia y profesor de Arqueología en la Universidad de Barcelona, conocimos en profundidad las características de todas ellas.

“De entrada –comenta el historiador–, no se parecen en nada desde el punto de vista tipológico y de técnica constructiva, si bien podría llegar a establecerse un cierto parecido entre la basílica de la Isla del Rey y la de Fornàs de Torelló”.

La primera, hoy muy deteriorada, se encuentra en el puerto de Mahón y se conoce desde el siglo XIX; aunque fue la arqueóloga María Lluïsa Serra Belabre –**ver recuadro en la página 63**– quien se ocupó de su excavación en la pasada

¿Qué queda en Menorca de esa arquitectura? Pues nada más y nada menos que cuatro prodigiosos ejemplos en forma de basílicas..

centuria. En cuanto a la segunda, es una basílica entre los siglos V-VI d.C., de planta rectangular y con tres espacios diferenciados: el *absis*, el santuario, que tiene como temas una palmera y dos leones, y la nave para los fieles.

Tanto esos conjuntos como los de Son Bou y Fornells podrían catalogarse como “basílicas rurales”. Es precisamente su singular ubicación, además de sus proporciones, lo que hace que algunos expertos se pregunten por sus funciones reales, que se confundirían con asentamientos de comunidades monásticas o incluso con fundaciones privadas.

“El caso de la basílica de Fornells es difícil de entender –narra Tuset–. Se trata de una basílica de una sola nave, con un ábside de cripta cuadrada en la cabecera; y alrededor del presbiterio habría cámaras sepulcrales o celdas de retiro... De hecho, no se sabe muy bien, como tampoco se conocen las distintas fases constructi-

vas del conjunto”. Finalmente, la de Son Bou, descubierta en 1951, es “de manual”, y semeja, en palabras de este profesor de arqueología, “una iglesia de Siria del Norte; se nota que quien la hizo conocía otras formas de construir”. De tres naves y con pórtico de entrada y vestíbulo, el fondo estaba destinado al altar y la cabecera, dividida a su vez en tres partes, con el presbiterio en el centro y una sacristía a cada lado.

Uno de los mayores retos a los que se enfrenta la arqueología es fechar con precisión estos monumentos; ya que, si bien hay indicios de que se erigieron a en el siglo VI, textos como los ya comentados se remontan al V; y de ahí que los arqueólogos tiendan a datar a la baja. Ya lo decíamos antes: un lenguaje indeleble pero a menudo inescrutable, que hace que la primera arqueología cristiana en la Antigüedad Tardía nos siga planteando tantos interrogantes.

UNA PIONERA DE LA ARQUEOLOGÍA

En 2011 celebraremos muchos aniversarios. Siempre los hay. Algunos merecerán todos los focos y otros se quedarán en la penumbra, sin conmovernos lo suficiente para que el homenaje eche raíces y nos empuje a crecer. Esperemos que el centenario del nacimiento de María Lluïsa Serra Belabre (1911-1967) se inscriba en la primera categoría, y que las instituciones mantengan viva la llama de quien fuera la gran pionera de la arqueología en la isla balear.

Vivió poco —¿alguna vez se vive lo suficiente?— y llegó tarde al estudio de la Antigüedad, pero aprovechó como pocos el tiempo que consagró a sus investigaciones. Colaboradora del doctor Palol y alumna de Vicens Vives, se licenció en 1951 en la universidad de Barcelona, y tres años más tarde aprobó las oposiciones para el cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos.

La Orden de Alfonso X el Sabio o su nombramiento como hija ilustre de Mahón fueron algunos de los reconocimientos que recibió por su trayectoria. Una trayectoria centrada, sobre todo, en el estudio de la Prehistoria en Menorca, con memorables intervenciones en la Naveta des Tudons o el yacimiento de Son Catiar, así como en las basílicas paleocristianas. Fue ella quien descubrió, por casualidad, la de Torelló, cuando realizaba la limpieza de un mosaico en la zona. Y quien “redescubrió” la de Isla del Rey, que ya se conocía desde el siglo XIX pero que ella excavó con su habitual destreza y sus saberes enciclopédicos.

Vivió para la arqueología y para Menorca; y, gracias a ella, muchos monumentos de la isla se salvaron de la incuria y el olvido. Agotada en sus fuerzas, el mismo año de su muerte logró que se celebrara en Mahón el X Congreso Nacional de Arqueología y asistió al VIII Congreso de la Corona de Aragón en Valencia.

Su legado pervive hoy en cada rincón de Menorca y la Societat Històrica Arqueològica Martí i Bella no podía pasarlo por alto: la magistral ponencia de clausura, presentada por la doctora en Historia y catedrática de Arqueología de la Universidad de Granada **Margarita Orfila i Pons**, versó en torno a su benéfica figura.



Josep Amengual



Josep Sastre Portella

ASÍ ERA SU LITURGIA

En este viaje por el tiempo, los primeros cristianos de Menorca han declamado su guión en la obra de la vida, han viajado y levantado recintos para sus cultos, mientras los pueblos bárbaros seguían despojando los restos de la *Diocesis Hispanorum* y haciendo de las islas un refugio para los “apátridas”. Según Hidacio, las Baleares sufrieron una incursión en el año 425, pero las islas no ingresarían en el reino vándalo del norte de África —vinculado al arrianismo— hasta treinta años más tarde.

Era, por tanto, un tiempo de guerras e inseguridades, y la iglesia trataba de consolidarse en medio de toda esa incertidumbre, en parte a través de unos símbolos y rituales que se institucionalizaron rápidamente.

Un paso decisivo en la consolidación y expansión de la fe fue el catecumenado, que apareció en el siglo III. La formación de los nuevos creyentes era una tarea delicada, ya que se consideraba que el cristiano maduro era el garante de la fe: la orientación, la reflexión sobre los ritos experimentados, el concienzudo aprendizaje de la liturgia, los exámenes..., culminaban en el bautismo, preferentemente en agua viva, es decir, que *corriera*.

Los candidatos leían algunos salmos significativos, renunciaban a Satanás en el vestíbulo del baptisterio, y se despojaban de la túnica

“La admisión iba precedida de un escrutinio sobre sus motivaciones con el fin de verificar la sinceridad de su fe, y también sobre sus condiciones de vida”, señala **Josep Sastre Portella**, licenciado en Teología y Patrología y profesor de Historia. Poco a poco, sin embargo, surgió la necesidad de preparar la pascua de Resurrección mediante la Cuaresma, un período de intensiva formación doctrinal y vital, por el que se preparaba a los catecúmenos al bautismo pascual.

Sastre evoca los ritos de esa noche pasual, en la que los candidatos leían algunos salmos significativos, renunciaban a Satanás en el vestíbulo del baptisterio, y se despojaban de la túnica para recibir la unción como señal de fortaleza. Finalmente, conducidos a la piscina bautismal, eran interrogados sobre su fe en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y, tras recibir el bautismo y la *consignatio*, sacramento que completaba la gracia del bautismo con los dones del

Espíritu Santo, celebraban la Eucaristía con los fieles.

Pero el cristianismo introdujo otros rituales nuevos, además del bautismo y la eucaristía. Frente a un paganismo que divinizaba a los muertos, los cristianos rechazaban la idolatría y hablaban de “dormir en paz”. La oración ante la sepultura y el beso sustituyeron las ofrendas anteriores y la cremación de los cuerpos, contraria a la creencia en la resurrección.

¿Cómo no visualizar a esas comunidades primitivas en Son Bou, en torno a la pila bautismal para abrazar la fe en Cristo, o despidiéndose de sus seres queridos en las tumbas en torno al pavimento? Desgraciadamente, el tiempo ha borrado muchas huellas (en la citada basílica, por ejemplo, no se halló ajuar funerario alguno); pero la imaginación, en estos casos, bien puede suplir las carencias y llenar de agua las lagunas secas.

La pala y el cincel no son nada si no los mueve un sueño. •